

El oficial de notario se iba adelantando al trote de su cabalgadura, castigando interiormente la arenga que debia encajar á M. Levrault. Escasamente distaria ya tres tiros de fusil del castillo del gran fabricante, cuando su rostro tomó repentinamente una espresion extraña.

Por la mente de maese Jolibois acababa de cruzar en aquel momento la idea mas diabólica.

VII

Maese Jolibois no se hallaba ya animado del ardor que sentia la víspera. El sueño y la reflexion habian echado agua en su vino. Tan cierto es que cuando uno tiene á su disposicion veinticuatro horas, no hay empresa por árdua y delicada que sea, que no parezca fácil y de un éxito seguro; de nada se duda entonces; todo inspira la mayor confianza; en la imaginacion bullen mil recursos irresistibles, y cree uno tener á la mano mil combinaciones á cual mas ingeniosas, la peor de las cuales bastaria en nuestra opinion para triunfar de todos los obstáculos. Pero á medida que trascurre el tiempo y que el momento de obrar se aproxima, las dificultades de la empresa empiezan á surgir de entre la niebla que las ocultaba á nuestros ojos, se turba uno, vacila, y cuan-

do al fin llega la hora, se convence de que las combinaciones de las cuales se prometia maravillas, no tienen sentido comun, y que las tropas con que contaba, se han convertido cuando mas en soldados de plomo. Todo esto ni más ni ménos sucedia á maese Jolibois, el cual habia partido para la Trelade decidido á llevar á cabo la aventura, pero ménos tranquilo que nunca sobre el reembolso de sus ochenta mil libras.

Jolibois, sin embargo, habia ocultado á Gaspar sus recelos temeroso de desanimarle y de paralizar los medios de que este disponia. Mientras no se separó de él, siempre conservaba un resto de esperanza; pero así que se quedó solo en medio de los campos frente á frente con la realidad, no pudo ménos de sentir un repentino desfallecimiento.

—¿Qué intento es el mio? se preguntaba interricrmente el pasante de notario; en el estado en que se hallan las cosas, lo más probable será que me ahogue en el mismo vaso con Montflanquin. ¡Todo se ha perdido, absolutamente perdido! exclamaba dejando caer la brida sobre el cuello de su caballo; el pobre vizconde tenia razon en decir que su estrella empezaba á apagarse por el brillo de la de los la Rochelandier.

La situacion, en una palabra, no ofrecia á Jolibois aspecto alguno lisongero por cualquier lado que la mirase; en aquel momento la conside-

raba tan enteramente desesperada, que no comprendia cómo habia podido juzgarla de otro modo.

La marquesa era en aquel instante para él una mujer en extremo ladina. Laura no tenia nada de tonta, y el pasante de notario creia además que aun cuando M. Levrault se mostrase propicio al vizconde, era punto menos que imposible que dejase de despertarse su desconfianza, y que consintiese en aceptarlo por yerno á ojos cerrados, como lo hubiera hecho algunos dias antes. Luego sabia muy bien que las virtudes del vizconde no eran de esas que resisten á un detenido exámen; y á la penetracion de maese Jolibois no se le ocultaba que una vez despertada la desconfianza de M. Levrault respecto al vizconde, no dejaria de hacerse extensiva al hombre que habia introducido en la Trelade á aquel modelo de los hijos-dalgos, á aquella perla de la caballería. ¿Con qué cara se presentaria entonces al gran fabricante y á su hija? ¿Qué podria contestar á las justas reconveniones que tarde ó temprano habrian de dirigirle? Porque Jolibois estaba seguro, de que un dia ú otro, al fin habia de descubrirse la verdad.

Los andamios de mentiras vienen á ser lo que las tapias de los cercados, en las cuales así que se desprende la primera piedra, se lleva detrás de sí á las demás. El oficial de notario no podia desco-

nocer por otra parte que en este asunto habia representado un papel del que se prometia menos gloria que provecho, y el cual iba á proporcionar le tanto provecho como gloria. Así es que Estéban Jolibois, bajo todos los puntos de vista que miraba el negocio, no preveía más que ruina, desastres y humillaciones. No podia tampoco resignarse á abandonar la partida, porque no se le quitaba de la memoria sus ochenta mil francos, ni los anticipos que habia hecho para adecentar á Galaor y á su amo, ni la comida que habia pagado la víspera, ni los cien escudos que, só pretexto de matar las horas, le habia ganado al lansquenet el endiablado vizconde; para colmo de su desdicha, pensaba tambien en la clientela de M. Levrault que iba á irsele de entre las manos, y todo esto reunido le hacia preguntarse interiormente si seria él en resumidas cuentas el víctima de la farsa, el Geronte de la comedia, y el Casandro de la arlequinada. ¿Qué hacer en tan duro trance? El buen Jolibois se comia las uñas de tanto meditar, y por una idea hubiera dado en aquel instante todos sus protocolos, sus clientes, y hasta la escribanía entera. Solamente le faltaban ya algunos pasos para llegar á la Trelade, cuyas pizarras veia brillar al través de la espesura; ya llegaban á sus oidos los ladridos de los perros y el relincho de los caballos, sin que se le hubiese ocurrido al infeliz ningun pensa-

miento consolador, cuando su frente se desarrugó de improviso, y alzándose sobre los estribos con arrogancia, lanzó sobre la Trelade desde la colina, por la cual se preparaba á descender, una mirada de desafío.

Estéban Jolibois se hallaba en la posicion del hombre que no teniendo nada que perder, puede aventurarse á todo impunemente. Cuando se llega á semejante estado, un corazon valiente solo toma consejo de su desesperacion; la prudencia de nada sirve entonces; únicamente la audacia es la que ofrece probabilidades de éxito. Si está decretado que ha de caer, quiere al ménos que sea de gran altura; si ha de quedar aplanado, desea que, como los Titanes, sea por haber intentado escalar el cielo. Tal es mi opinion, y de esta manera opinaba tambien maese Jolibois.

Ahora bien; siendo esto así, ¿qué tenia de extraño que el acreedor de Montflanquin, en vez de representar un papel secundario con el objeto de recuperar un centenar de miles de libras que contaba ya con los muertos, aspirase á hacerse por medio de un golpe de mano dueño del campo de batalla donde debian encontrarse los la Rochelandier y el vizconde? ¿Por qué, en lugar de combatir para recobrar la gloria de una bandera deshonorada, no habia de pelear por su cuenta y riesgo para plantar valientemente la suya sobre los lares de

Mr. Levrault? ¿Quién le aseguraba que no podría llegar, como el tercer ladrón de la fábula, hasta el punto de conducir con su ronza al Aliboron de la alta industria? El aprendiz de notario ya había rondado una vez los millones del gran fabricante, si bien el asalto había sido tímido y discreto; al presente empero se trataba de un sitio en toda regla, y en todo caso, derrota por derrota, mas valía sucumbir combatiendo por una causa propia, que participar de la humillación del vencimiento con Montflanquin.

En ménos de un cuarto de hora improvisó el plan de campaña más formidable que hubiera concebido jamás un general en derrota. En él ponía su honor á cubierto, adquiría grandes títulos á la gratitud del fabricante y de su hija, y les obligaba á reconocer que los Levrault no tenían un amigo más adicto, más fiel y más apasionado que su persona sobre la tierra. ¿Quién podía calcular hasta donde llegaría la gratitud del ex-mercader? De todos modos, contaba conseguir al ménos libertarse de las sospechas de su complicidad con el vizconde, y de esta manera, aun cuando no atrapase los millones de Mr. Levrault, se aseguraba en cambio para siempre su estimación, ó mejor decir, su clientela.

Pasando revista á todos los proyectiles de que se proponía hacer uso, no desconfiaba tampoco ente-

ramente de volver á apoderarse de aquel plebeyo estúpido, y de variar el curso de sus ideas, imprimiendo á su tontería una nueva dirección. Respecto á la hija, prometíase traerla á mandamiento en tiempo oportuno, y cuando le viniera á las mientes: Jolibois estaba muy lejos de reconocer el temple de Laura, y se lisonjeaba, por tanto, de que se dejaría arrastrar por su padre como un esquiife por un navío de tres puentes. El que nada arriesga, nada gana; Jolibois, sin embargo, poco iba á aventurar y podía ganarlo todo. Ebrio con la exaltación que es compañera inseparable de las resoluciones extremas, lleno de ánimo, ligero como ardilla y locamente contento de no verse ya á la grupa del amigo Gaspar, y dueño de maniobrar por su propia cuenta, metió las dos espuelas al jamelgo, hendió el aire con el látigo, y avanzó resueltamente hácia la Trelade, exclamando *¡Errar ó quitar el banco!* Háblele tocado el turno de entrar en la liza, no como un miserable escudero, sino cubierto con su casco, y lanza en ristre, y se proponía dar el golpe de gracia al vizconde, medir sus armas con los la Rochelandier, y disputar á una aristocracia ambiciosa y rapaz los escudos del gran fabricante. En todo esto había cierto no se qué del espíritu aventurero de otra época, que agradaba extraordinariamente á la imaginación del aprendiz de escribano. Maese Jolibois se sorprendía de que no le hubiese

ocurrido más pronto tan feliz pensamiento. Si su empresa fracasaba, nada perdía en resumidas cuentas; pero en cambio si la daba feliz término, ¡qué gloria para él! No hablo de los millones, porque sabido es que el aprendiz de notario no llevaba su espíritu de partido hasta querer mal al dinero: Jolibois era republicano.

En aquel tiempo, cada provincia se mostraba orgullosa de poseer una media docena de notarios y procuradores que tenían necesidad de cambiar la forma de Gobierno. La necesidad de una nueva revolución se hacía ya sentir en algunas de las notarías del departamento. Maese Jolibois pertenecía á aquella falange de Harmodios de boardilla, que se indignaban al ver el servilismo de su patria, y que aspiraban á libertarla del pesado yugo que gravitaba sobre ella. Bajo un exterior de ligereza y superficialidad, el ex-notario ocultaba las más austeras virtudes. Sus ideas sobre la fraternidad y la igualdad no dejaban que desear nada.

Si despreciaba á los ujieres y á los escribanos de diligencias; si hacía poco caso de los abogados; si trataba á la baqueta á sus escribientes, y como de turco á moro á los parroquianos que no le pagaban, no por eso hubiera llevado con paciencia que alguno sostuviese delante de él que un notario era de peor condición que un mariscal de

Francia ó un príncipe de la sangre. Cuando le convidaban á comer en alguna casa opulenta, miraba indiferentemente el lujo y la elegancia del servicio: la envidia jamás había tenido entrada en su noble corazón: á lo sumo solía preguntarse á sí mismo al día siguiente de un banquete, por qué algunas personas que valían menos que él usaban vagilla de plata, cuando todo un maese Jolibois gastaba servicio de loza. Pero la cualidad que más ostensiblemente brillaba en él, era ese desprecio del oro, ese antiguo desinterés peculiar tan solo de las almas republicanas. ¡Guárdese el lector de sospechar en nuestro aprendiz de notario ni un átomo de ambición! ¡Dios nos libre! ¡detengámonos con respeto ante uno de los caracteres más puros, de cuya posesión se vanaglorian los tiempos modernos! Si Jolibois se había decidido á dar caza á los millones de Mr. Levrault, era porque pensaba únicamente en las miserias del pueblo y en los medios de aliviarlas. Un castillo, á cuyas puertas el pobre no llamaría jamás en vano, una propiedad vastísima que le permitiese dar trabajo á los demás jornaleros posibles y un palacio en París para reunir en él á sus amigos y consultarles sobre las clases menesterosas, era todo cuanto quería Jolibois: tales eran los sueños modestos de este campeón de la democracia.

Mientras que Jolibois iba marchando hacia la

Trelade con aire de conquistador, Mr. Levrault se entregaba á las más crueles perplejidades. Había pasado muy mala noche, y según las trazas esperaba un día peor que la noche. El sol se hallaba ya á bastante altura, y el vizconde, sin embargo, no había parecido aún. El pobre ex-mercader había andado errante toda la mañana como una alma en pena por el camino que conducía al palomar de Montflanquin. Si Laura no lo hubiese vigilado de cerca, indudablemente hubiera llegado hasta el desmantelado castillo del vizconde.

—Ya lo estás viendo, decía á su hija con aire consternado; Gaspar no vuelve: un Montflanquin no se deja ultrajar así como quiera; el vizconde ya no existe para nosotros.

—Tranquílcese V. padre mío, el vizconde volverá; replicaba Laura con una confianza no desmentida desde la víspera.

Mr. Levrault movía de un lado á otro la cabeza, y lloraba en lo interior de su corazón al yerno que se le iba de entre las manos. ¡Un yerno de tan buen calibre, y que le hubiera costado tan poco! Después de almorzar, se retiró á su habitación, tanto por libertarse de la importunidad de Laura, como para dar rienda suelta á la amargura de sus reflexiones. La hija del ex-mercader había ido tan lejos, que su padre no sabía qué determinación tomar; había aquella además vuelto á la carga

tantas veces, que la cabeza del gran fabricante se parecía á un palenque en el que chocaban los pensamientos más contrarios, combatían encarnizadamente y se destruían como bestias salvajes.

Mr. Levrault no se había encontrado jamás en una situación tan crítica: el bueno del ex-mercader, en una palabra, se hallaba con el agua al cuello. Había instantes en que veía á Gaspar blanco como la nieve, y quería ir á buscarle; otros, llegaba á entrever algo de la verdad, y entonces no podía menos de preguntarse interiormente, si su hija tendría razón. Tan pronto trinaba contra la calumnia, que nada respeta, y andaba á puñetazos con los muebles, y desgarraba su bata con las uñas, como meditaba con profundo abatimiento sobre todo lo que Laura le había revelado. De suerte, que Gaspar, como un navío juguete de las olas, unas veces tocaba á las nubes, y otras estaba á punto de sumergirse en un abismo sin fondo: lucha terrible y silenciosa, que solo tenía á Dios por testigo, y de la cual únicamente Mr. Levrault hacía el gasto.

—¡No, no! ¡es imposible! exclamó de repente el ex-mercader de paños, conjurando con un gesto majestuoso los fantasmas que le asediaban; un Montflanquin no ha engañado á nadie jamás, ni un Levrault es tampoco un maniquí con el cual puede jugarse como con un miserable plebeyo.

¡Bah! yo conozco bien á la aristocracia. Si Gaspar no fuese lo que aparenta ser, no hubiera tenido nadie necesidad de advertírmelo, porque lo hubiese conocido yo al vuelo. El vizconde es digno de su raza, y como aquel caballero del que Laura me ha hablado algunas veces, es valiente é intachable. Y si no fuera así, ¿qué interés tendría Jolibois en habérmelo ponderado hasta las nubes? ¿Con qué objeto habia de presentárnoslo como el honor y la lealtad personificados? ¿A qué fin habia de haberlo escogido para que nos dirigiese y acompañase en todas nuestras excursiones? Jolibois es un mozo muy honrado: sabe quién soy yo, de qué manera suelo gastarlas, y qué clase de consideraciones me son debidas, para que pudiera atreverse á introducir en mi casa una virtud dudosa. Demasiado bien conoce la madera de que somos los grandes fabricantes para que ignore que no admitimos así como quiera á las gentes en nuestra intimidad. ¡No, no! es imposible, repetia con una exaltacion creciente por instantes. Estrujaré á la calumnia como á un reptil bajo mis piés, y el vizconde será mi yerno.

Y resuelto esta vez á tenérselas tiesas á su hija, iba á escaparse para correr hácia el palomar de Montflanquin, cuando sintiendo crugir la escalera, que conducia á su aposento, bajo la presion de fuertes y precipitados pasos, exclamó echándose

hácia atrás y aprestándose á lanzarse sobre su presa:

—¡El es! ¡él es! ya está aquí.

Al ruido de aquellos pasos, no obstante que iban acercándose cada vez mas, iba mezclado el acento de una voz temblorosa y conmovida, que el padre de Laura intentaba en vano reconocer.

—¿Dónde está M. Levrault? preguntaba la voz mencionada, que no era la de Gaspar: ¡es preciso que me lleven donde se halla! es indispensable que yo le vea y le hable! Los momentos son preciosos; ¡no hay que perder ni un segundo!

M. Levrault creyó que se había prendido fuego en la Trelade, y lanzándose desalentadamente fuera de la habitacion, faltó muy poco para que maese Jolibois lo echase por tierra.

En efecto; el recién llegado no era otro que el mismo Jolibois, á quien acabamos de dejar no hace aun un cuarto de hora en el camino de la Trelade, y al cual nos hubiera costado gran trabajo reconocer en este momento, porque estaba desconocido. ¡A qué ejercicios, á qué gimnástica tan desenfadada habia debido entregarse para cambio tan repentino y tan completo! Al ver sus botas empolvadas, su pantalon lleno de barro, su corbata suelta, y todo su traje en el mayor desorden, cualquiera hubiera dicho que venia de correr en posta una distancia de doscientas leguas. Su semblante

estaba en armonía también con el vestido y aun cuando todos los vientos desencadenados se hubiesen disputado su cabellera, no habría estado más enmarañada. Su barba hacía recordar los erizados cabellos de Calchas, y en sus ojos, por último, en su fisonomía, y en todos sus movimientos había cierto no sé qué de extraño que hería de sorpresa y de espanto casi á M. Levrault.

—¿No se ha hecho nada aun? ¿Llego á tiempo? exclamó Jolibois sin respirar, con aire asustado y entrando como un huracán en la habitación. Si ya es tarde, ¡maldición sobre mí!..... porque yo seré, caballero, quien tenga la culpa, y quien haya precipitado á V. en un abismo.

—¡En un abismo! repitió M. Levrault palideciendo: ¡en un abismo! continuó lanzando por la sala miradas de inquietud. ¿Qué quiere V. decir? ¿Qué abismo es ese? ¿Vienen por ventura los facciosos? ¿Intentan acaso atacar el castillo de la Trelade? Yo creía que al adherirse el vizconde al trono de Julio, había puesto fin á las discordias civiles.

—¡No es eso, señor, no es eso! repuso Jolibois fuera de sí: hable V., respóndame, dígame, cuénteme, ¿no se ha hecho nada aún? ¿no se ha concluido nada todavía? No me deje V. por más tiempo en esta incertidumbre, y tenga piedad de mi angustia.

—Pero ¿se ha propuesto V., por ventura, volverme loco? exclamó el ex-mercader, cuyo terror iba redoblándose, á medida que iba observando las trastornadas facciones del aprendiz de escribano. —¿Qué demonios trae V.? ¿qué hay? ¿qué sucede? ¿Cómo quiere V. que yo me compadezca de su agonía si no empieza V. teniendo piedad de la que yo sufro? Si V. no me dice nada, ¿qué quiere que le diga yo?

—Es verdad, repuso Jolibois, golpeándose en la frente; no había caído en ello; y es que he perdido la cabeza: perdone V. mi agitación. Acabo de llegar de Nantes sin otro objeto que el de salvar á usted, si es tiempo todavía, y he andado las ocho leguas en cinco cuartos de hora. Mi caballo se ha caído de fatiga en la verja del castillo, y dudo que vuelva á levantarse. ¡Qué animal tan noble! Según la velocidad que ha traído, no parecía sino que adivinaba que se trataba de la salvación de V. y de la de toda su familia.

—¡Al hecho, Jolibois, al hecho!..... ¡me tiene V. en brasas! tengo en mis caballerizas diez caballos; de consiguiente, si el de V. no puede levantarse, ya lo reemplazaremos. En el servicio de los Levrault nadie pierde nada. Explíquese V., y sea claro y conciso: ¿qué clase de peligros nos amenazan?

—Ahora voy, caballero, ahora voy; pero dígame usted antes si llego á tiempo de sacar á V. del abis-